

La bondad de las personas

Rafael Alizo



Image not found.

Capítulo 1

La bondad de las personas

Desde primaria, siempre me esforcé en ser la mejor de la clase, ganándome en el proceso el cariño de mis padres, el aprecio de mis profesores y el odio de mis compañeros, y así ha sido hasta la secundaria. De hecho, con no muchas personas contemporáneas a mi edad he podido disfrutar de conversaciones amenas sin que salga a relucir mis conocimientos desproporcionados con los de ellos, regándola y terminando sola; por eso, me he limitado a un grupo muy selecto de amigos, una mejor amiga en el colegio y en el liceo. Lo que ellas hagan con sus vidas me tiene a mi sin cuidado, pueden salir con quienes quieran, contar y no interfieran con mis asuntos, todo bien, solo las tengo por cuestiones sociales (que se pudieran catalogar como egoístas) de no sentirme tan sola conmigo misma, y que las demás personas no me cataloguen como marginal o depresiva. Si tengo un amigo, ese pensamiento cambia; la gente puede ser muy manipulable y predecible.

La verdad es que con esta amiga no me siento sola; pero con el simple hecho de ser reconocida por desconocidos, todo perfecto. La gente puede odiarme si le place, y sé que es así. Mas sin embargo, esto genera una llenura nada placentera en mí. Así continué hasta la universidad.

Ya eran finales del quinto semestre de ingeniería, y como historia cíclica, todos pertenecen ya a un grupo de amigos en el que ninguno encaja, Pero teniendo a mi colega, puedo sobrevivir socialmente. La diferencia de esta nueva amiga con las demás es que es más activa, por eso también se junta a veces con personas de los demás grupos, dejándome sola, no sin antes haberme invitado a esas reuniones, pero siempre declino la idea, causando murmulos entre los demás. ¿Qué le pasa a ella? ¿Por qué ella es así? ¿Es que es emo?

Comienzo a creer también que si no pongo empeño en estar con los demás, ellos harán lo mismo, es un círculo de alejamiento mutuo, que hasta la fecha continúa. En una ocasión, estábamos esperando a la profesora de matemáticas que –como cosa extraña- estaba atrasada con la hora, yo estaba con mi amiga hablando sobre ningún tema en específico al lado de los demás grupos, inmersos en sus asuntos, cuando en eso Lupe –el payaso del salón- comienza a llamar la atención diciendo que trajo unas magdalenas ese día sin motivo aparente (vaya un idiota) y que las compartiría con sus amigos, cayendo verdaderamente mal el que él haga esto para en realidad decirle a todos aquellos ajenos al tema ¡Ja! ¿Qué se siente no ser mi amigo? Apuesto a que desearías haberme

tratado mejor o si quieres uno a la próxima, me llamo Lupe. Patético.

Comienza a pasar por los demás puestos de los del salón, y sin importar quien sea, reparte a cada uno de ellos, los demás afianzan este acto diciendo que las magdalenas son la sensación y tal. Él presumía de lo bueno que estaban. Eso hasta que llegó a mi puesto.

- Toma Isabel, una magdalena para ti –dijo el autoproclamado maestro de ceremonias a mi amiga. Ahora, estoy segura de que me va a ignorar a mí y seguirá con su...

- Y toma uno tú también, –me dice ahora, a lo mejor es que le ha sobrado uno porque Carla no vino, es así- los hizo mi madre, están muy buenos. Espero les gusten muchachas.

- Espera –digo yo con cara de asombro- ¿Por qué me das uno a mí?

- ¿Qué dices? –Me regala una muela de más asombro- ¿Por qué no debería? Ahora si me disculpan miladis iré a comer los míos, Carla faltó, por lo que me toca ración doble, jeje –y se marchó pegando una risotada.

Este acto entero me dejó petrificada, perpleja, helada, tanto así que mi amiga se alarmó un poco por mi repentino enmudecimiento, después de que le dije que todo estaba bien, continuamos en nuestros asuntos, pero en mi mente estaba reflexionando. Este muchacho, esta persona con la que he hablado unas cinco veces en lo que va de curso me ha considerado como su igual, y lo peor, este ser cuyas notas académicas son deplorables me hizo una pregunta que no pude responder, nunca me había pasado antes, había sido vencida. Pero tenía un trofeo en mis manos, y no era algo por lastima, se notaba en su cara. ¿Por qué no debería? Era como esa mirada inocente que te da un perro cuando no te entiende lo que le dices. Toda mi vida de inteligencia fue tirada ese día. Pero aprendía algo, que la amistad es algo increíble y no es una necesidad social, y que el pensamiento de las personas más sencillas puede maravillar a las más cultas. Para cuando pongo los pies en la tierra, noto que mi amiga me pregunta si iré a la fiesta de fin de semestre, todos asistirán. Pienso decirle después de la clase que es muy probable que vaya.

- Mmm, en serio que esta magdalena está buenísima –dice mi amiga satisfecha.

Luego de darle un mordisco, y con los ojos humedecidos, le contesto.

- Sí, está buenísima, la mejor que he probado en mi vida –y sonrío.